

RESEÑA



**Jaime Eduardo Jaramilio Jiménez,
Modernidad y posmodernidad en Latinoamérica
(Manizales: Centro de Escritores de Manizales, 1995), 122 p.**

Nicolás Boris Esguerra Pardo

El contexto

Este libro fue seleccionado, en el año 1994, como ganador de la “Flor de oro”, en el género de ensayo, en los “Segundos Juegos Florales de Manizales”, evento organizado por el Instituto Caldense de Cultura y el Centro de Escritores de Manizales. Su autor, sociólogo de profesión y docente de la Universidad Nacional de Colombia, ha publicado en años recientes, además de varios artículos sobre temas culturales, sendos libros de sociología rural: *Tipología, polares y sociedad tradicional* (1987), *Estado sociedad y campesinos* (1989) y un texto compartido: *Colonización, coca y guerrilla* (1989). De igual manera, prepara en la actualidad dos publicaciones en donde el tema agrario se matiza y se relaciona con otros ámbitos sociales e intelectuales: “Antología del pensamiento agrario colombiano” y “América Latina: pensamiento sociológico y sociedad contemporánea”.

El contenido

El texto contempla dos apartados iniciales y cuatro capítulos centrales, en los que desarrolla lo anunciado al comienzo.

El primer apartado titulado, “Una modernidad periférica”, obra a modo de introducción, advirtiendo al lector del vínculo esencial entre la noción de América Latina y el nacimiento de la Modernidad. La realidad histórica del subcontinente le fue conferida por el llamado “Descubrimiento”, iniciándose con este hecho una nueva situación con expresiones geográficas, científicas, económicas, de percepción de las relaciones sociales, etc. Se trató de un proceso de amplio espectro, que supuso la emergencia de una nueva civilización distinta de la de sus núcleos matriciales. América, región excéntrica del Occidente se va definiendo en su especificidad, vinculada estructural y subordinadamente al régimen de producción mundial dominante, el capitalismo. Citando a José Joaquín Brunner, se mencionan cuatro núcleos organizativos propios de la modernidad: la escuela, la empresa, el mercado y el Estado Nacional, desarrollándose estos privilegiadamente en un espacio urbano. Hay que advertir, sin embargo, que muchas de las características de la ciudad tienen expresiones en el campo, produciéndose una “urbanización sociológica del sector rural”. La modernidad latinoamericana se presenta como modernidad periférica, con un no concluido proceso de transculturación.

El segundo apartado, también introductorio, se titula “La posmodernidad: proceso histórico y cultural”. El posmodernismo se nos presenta como un fenómeno heterogéneo. En él hay una corriente funcional al capitalismo transnacional y de consumo que puede conducir al extremo relativismo, a la indiferencia y a la inacción. Se trata de una opción receptiva a la “muerte del sujeto”, a la desaparición de los conceptos de “proyecto” y de “praxis”. Evidentemente la posmodernidad no se agota en esta posición, existiendo también una corriente que pretende la “deconstrucción” frente al modernismo. Se configura así un mapa donde hallamos un posmodernismo de resistencia y otro de reacción. El posmodernismo como condición histórico cultural desarrolla elementos

crítico-reflexivos contenidos en la modernidad; es negación determinada de la modernidad. El fenómeno surge en los años sesenta, cuando lo moderno deviene clásico; aparece en dichos años una contracultura con sus componentes alternativos en los planos de sensibilidad, representación, relaciones hombre-naturaleza, sociedad y técnica. La posmodernidad manifiesta un período de transición de duración incierta, en el cual ocurre un trastorno geopolítico (agotamiento del Estado Nación), una superación de la primera, segunda y tercera revolución industrial y una crítica de las antiguas nociones de política, moral, estética, vida privada. El movimiento se expresa en diversos campos y de especial manera en la cultura, existiendo por otra parte múltiples corrientes. Para el caso latinoamericano hay que advertir su constitución por elementos endógenos histórico-culturales y por el diálogo con el pensamiento del mundo industrializado. Se propone analizar cuatro nociones básicas de la modernidad: Razón, Progreso, Revolución y Vanguardia.

En el primer capítulo, "Razón y racionalidades", se recuerda a Max Weber, quien señaló como tendencia central en Occidente el proceso de racionalización, fenómeno que invade todos los ámbitos de la vida social y que se fundamenta en el cálculo y la planificación y que presupone el tránsito de relaciones de comunidad a relaciones asociativas. Ello lleva a la secularización o desencantamiento del mundo, a la autonomización del nivel cognoscitivo o instrumental sobre lo moral normativo y lo estético expresivo y a interferencias en las esferas de la sociedad, cultura y personalidad, temiéndose (por Max Weber) una "ola de petrificación mecanizada y una convulsa lucha de todos contra todos". La Escuela de Frankfurt percibió lúcidamente estos fenómenos. El pensamiento posmoderno plantea múltiples racionalidades vinculadas a nuevos actores sociales y al descentramiento occidental de la razón. Se hace necesario relativizar ciertas interpretaciones reduccionistas y sociocéntricas weberianas de la afinidad entre ética protestante y capitalismo; lo evidente es que el capitalismo es compatible con múltiples matrices culturales. En este sentido hay que saludar el que la "racionalización" no haya alcanzado en América Latina un punto de no retorno. El continente es plural y ello es compatible con el proceso de mundialización de las culturas, con la resignificación de sus elementos en un contexto posmoderno; de ahí lo promisorio del interés de los académicos hacia el mutuo enriquecimiento de la ciencia en Occidente y las culturas ancestrales. La menor penetración en el continente de la racionalización y el desencantamiento es vista como una ventaja frente a la calidez de las relaciones sociales y de resistencia a la 'jaula de hierro'. El problema que se plantea es permitir el desarrollo de la racionalidad cognoscitivo instrumental sin ahogar otras racionalidades.

En el segundo capítulo, "Las vías del progreso", se advierte cómo postular diversas racionalidades implica igualmente aceptar diversas perspectivas de la historia. El encuentro América-Europa plantea la relación con el otro de manera más radical que en contactos anteriores con otras civilizaciones. Al etnocentrismo le responde un pensamiento crítico de éste y del colonialismo; así, los pueblos no europeos se han revelado contra una historia centralizada. En el caso latinoamericano hemos vivido el mito de la idea de progreso; la Ilustración, el Positivismo, la concepción dual desarrollo-subdesarrollo son algunas de sus manifestaciones. En la reciente década de los ochenta la ideología de la modernización hace crisis. En este contexto la persistencia de la guerrilla y la ampliación del narcotráfico crean un clima apocalíptico. A ello responden nuevos paradigmas explicativos en las ciencias sociales. En algunos casos se presenta una visión pesimista; sin embargo, posmodernismo no es necesariamente pesimismo. El reto es asumir, no como un fato trágico sino como posibilidad histórica, la pertenencia del continente a Occidente. América Latina puede plantear su versión del desarrollo y del progreso de tal manera que asimile la racionalidad formal y también otras racionalidades.

Termina este capítulo recordando la paradoja planteada por Paul Ricoeur: “¿. . .cómo revivir una antigua y dormida civilización y tomar parte en la civilización universal?”.

En el tercer capítulo, “Revolución y reformismo”, se señala la consustancialidad de las ideas de Marx y Lenin al pensamiento y práctica política del siglo XX. Marx, siendo blanco de la reflexión posmoderna, es no obstante afín en muchos tópicos a ésta. El posmodernismo es crítico frente a una teoría social de corte globalizante, y por lo contrario valora las narrativas locales pragmáticas; pero, por otra parte, Marx es precursor de la concepción filial social del pensamiento, compartiendo con Nietzsche y Freud la construcción de la llamada “sospecha epistemológica”, aunque con repercusiones distintas de las habidas en el posmodernismo. Al pensamiento posmoderno le es ajena la idea de “sujeto histórico universal” y desglosado de ello la expresión en la política como partido único. En particular en el Cono Sur hay una rica reflexión sobre la izquierda autoritaria (no hay que olvidar que también hay un posmodernismo conservador); se cuestiona la idea de revolución. Lechner habla de rupturas pactadas opuestas a dos concepciones extremas: las de la guerra, donde la política es vista como la aniquilación del adversario, y la idea de un nuevo orden social como consenso asumido en tanto cuestión técnica. La democracia es vista como un orden conflictivo, que presupone la norma y un marco de negociación, revalorizando así los procedimientos formales de ésta. El mismo Lechner plantea ciertos elementos de la cultura del posmodernismo: revalorización de la secularización desde una connotación positiva sin mayor reflexión sobre su potencial desestabilizador, y el realismo: la política como el arte de lo posible. No se trata, advierte la obra reseñada, de cinismo ni inmediatez, sino de resignificar la utopía, entender el consenso más como meta absoluta que como principio regulador que reconozca la pluralidad de sujetos y voces.

En el cuarto y último capítulo, “El agotamiento de la vanguardia”, se hace memoria de cómo con Baudelaire terminó un proceso esencial de la modernidad occidental: la conquista de la autonomía de la dimensión estética, creando sus propios criterios de valoración y selección. Con él y desde él se radicaliza la posición romántica, declina lo clásico y emerge una escritura no sujeta a la significación codificada, adviniendo la vanguardia. Está última y la revolución son ideas correspondientes; ambas van contra la tradición despedazándola. Sin embargo la furia modernista tiende a agotarse, deviniendo finalmente clásica, alrededor de los años sesenta de la presente centuria, cuando se producen significativos cambios económicos, se cuestiona la autoridad, se propende a la liberación de la subjetividad, la imaginación, la sensibilidad, la razón. Desde entonces hay una conciencia de ruptura con las concepciones tradicionales de la estética. El *collage* aparece como expresión artística moderna; se reivindica el valor autónomo de los elementos dentro de la historia del arte y se abandona la idea del arte como representación de la realidad externa. En América Latina la plástica encuentra puntos de aproximación con el arte posmoderno, así como elementos específicos, coexistiendo en ella el pasado con lo contemporáneo; en la narrativa hay incorporación de técnicas occidentales modernas con la reivindicación de contenidos propios. Nos hallamos entonces en un proceso de mundialización paralelo a la existencia de ecologías limitadas: la posmodernidad es plural.

El libro termina resaltando su deliberada tendencia a expresiones del posmodernismo en América Latina compatibles con la afirmación política y cultural, con la búsqueda de expresiones autónomas y en diálogo con otras corrientes posmodernas; de igual manera su carácter de ensayo y como tal abierto, polémico y no conclusivo.

Los comentarios

La lectura anterior suscita muchas reflexiones. Me referiré brevemente a cinco de éstas: la presentación integral del tema de la posmodernidad; las preguntas que acompañan a algunos de los capítulos; el rasgo pedagógico; el carácter de ensayo y el enriquecimiento de la bibliografía local y regional sobre el tema.

Tal vez el mayor acierto sea la presentación sucinta y apretada, pero esencial, del tema de la posmodernidad referido a América Latina. Se trata de una mirada histórica global a los procesos de inserción de América Latina en la modernidad y posmodernidad; la ubicación del posmodernismo como fenómeno histórico y cultural con rasgos heterogéneos, con diversas posturas en su interior y con vínculos contradictorios con la modernidad; el abordaje a las denominadas "nociones básicas" de ésta, a saber: Razón, Progreso, Revolución y Vanguardia, el cual nos llama implícitamente la atención sobre las sin salidas de las nociones absolutas y sobre el cuestionamiento histórico y conceptual de dichas nociones, en particular en nuestro continente.

Las preguntas que acompañan a algunos de los capítulos ejemplarizan bien el estilo de todo el libro: no cae en las posturas absolutas, actitud ésta que, como se ha señalado, fundamenta el cuestionamiento de la modernidad por la posmodernidad. La posmodernidad es criticidad frente a las nociones básicas de la modernidad, criticidad posibilitada por un nuevo contexto, en donde esas nociones son redimensionadas, resignificadas o superadas, pero también, y por ello mismo, requeridas para el acceso a nuevas opciones históricas y teóricas. De ahí el estilo abierto de los núcleos problemáticos planteados: ¿Cómo permitir el desarrollo de la racionalidad cognitivo instrumental sin ahogar otras racionalidades?, ¿Cómo ser universales sin dejar lo propio y singular?, ¿Cómo acceder a consensos que reconozcan lo plural?

Este estilo abierto y cuestionador nos llama la atención sobre una virtud del libro: su rasgo pedagógico. Dicha índole, lejana seguramente a las pretensiones conscientes del escritor, está sin embargo presente. Por supuesto se trata de una pedagogía que en consonancia con las miradas sociológicas del papel del libro como mediador entre creador y lector, pone a dialogar a estos desde saberes y experiencias disímiles y complementarias. Diálogo que se extiende por períodos de tiempo largos y que se expresa en eventos no siempre registrados, pero no por ello menos reales: un cambio de actitud del lector; nuevos instrumentos para enfrentarse a su mundo; utilización del texto con fines didácticos y pedagógicos; ordenamiento y resignificación de antiguos materiales y miradas, etc.; y, de parte del creador, y también a manera de ejemplo, la satisfacción de haber contribuido a un saber; la conciencia de los vacíos no superados y de las debilidades en áreas específicas del conocimiento; los nuevos retos intelectuales, etc.

El carácter de ensayo, reconocido por el autor, es el más apropiado, dados el estilo y el rasgo ya señalados. El ensayo, escrito corto, abierto, suscitador de inquietudes, en lenguaje riguroso y sencillo, apoyado en el caso científico en el *corpus* actual de la disciplina respectiva pero sin el embarazoso aditivo del detalle accesorio y de la cita pormenorizada, se muestra como una opción de escritura adecuada para un acceso certero y esencial del lector a los temas de su interés. El carácter ensayístico usado siempre en las ciencias sociales y reivindicado en los últimos años en nuestro país, y en este caso utilizado por el profesor Jaramillo, le da al libro liviandad y vuelo y le augura, en consecuencia, su presencia en espacios amplios, tanto académicos como cotidianos, necesitados de dicha literatura.

Finalmente hay que señalar el enriquecimiento de la producción local y regional sobre el tema de la posmodernidad. Para el caso colombiano se ha mencionado como precursor de dichos estudios al escritor Estanislao Zuleta, pensador éste de honda incidencia en las generaciones que llegaron a su juventud intelectual en las décadas del setenta y ochenta del presente siglo. En el año 1991 se publicó por el grupo Foro Nacional por Colombia el libro *Colombia: el despertar de la modernidad* compilación de artículos de diversos autores, textos teóricos y otros referidos a Colombia, libro que se ha convertido en el de más alcance y difusión sobre el tema en el país. Con posterioridad el debate ha sido alimentado de especial manera por diversas revistas universitarias. El texto reseñado, al presentar una visión de conjunto del problema de interés, visión abierta, con un rasgo pedagógico y con un carácter ensayístico de gran calidad, no sólo enriquece dicha bibliografía en el ámbito local y regional, sino que, dada su oportunidad, ante la ausencia de materiales similares y en razón a la dinámica propia de la posmodernidad en nuestro país, está llamado a no pasar inadvertido.

La *Revista Colombiana de Educación* desea aclarar que por un error involuntario, se omitió registrar el nombre del profesor Enrique Hoyos Olier de la Universidad Pedagógica Nacional, como traductor del ensayo "Evaluación de resultados en la escuela nueva de Colombia", publicado en la edición No. 32.